

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CUEVA SANTA DE VALENCIA.

En el Reino de Valencia y á cuatro leguas de Segorbe hay una montañita que encierra en sus entrañas un prodigio segun dicen los naturales del país; objeto de innumerables tradiciones populares, curiosas algunas y extravagantes otras.

Por el año de 1400 habia en esta montaña una cavidad peñascosa llamada la Cueva de *Llanderó* la que única-

mente servia á los pastores de aquel contorno para guártese de las lluvias y tempestades, pues aunque bastante honda sin embargo su entrada se hallaba algo elevada lo que la aseguraba de inundarse.

El padre Bonifacio Ferrer, fraile del convento del Santo Espíritu, hombre sumamente aficionado á la escultura y que se entretenia en vaciar imágenes en yeso, hizo

una Virgen muy bonita semejante á una piedad con corona en forma de estrella, la que los pastores eligieron por protectora suya y veneraron por último en aquella misma cueva. En el año de 1430 hubo una especie de terremoto que desquiciando la bóveda de la cueva cegó su entrada y quedó enterrada la imagen de que antes he hablado. Posteriormente en el de 1500 segun tradicion de algunos se le apareció á un pastor dicha Virgen y le dijo que habia una imagen suya muy querida por sus compañeros en otros tiempos y se hallaba enterrada en el sitio donde estuvo la cueva de *Llanderó*; efectivamente empezaron á cavar hasta que encontraron de nuevo la entrada de la cueva y en su fondo la imagen de yeso, con este motivo determinaron edificarla una capilla; la misma que existe en el dia tomando desde entonces y por los muchos milagros que despues hizo la Virgen, el nombre de *Cueva Santa*. Otra tradicion refiere que siendo indispensable para construir la capilla sacar de allí á la Virgen la trasportaron á otro sitio ínterin se concluía la obra, pero una noche desapareció sin saber cómo y la encontraron de nuevo al otro dia en la cueva.

El dia 8 de Setiembre es el destinado para hacer la romeria á este sitio; véñse ya con anticipacion multitud de familias y numerosas cabalgatas que se dirigen con alegre algazara á visitar la milagrosa imagen; unos para permanecer allí durante la novena que empieza en este dia y otros para marcharse despues de haber rezado sus devociones, y consumido las municiones de boca de que van provistos para el viaje.

A cosa de media hora antes de llegar á la cueva hay una masía (especie de posada) muy grande que se llama la masía de *Rivas*, allí se vende comida para los viajeros, vino y otras mil frioleras, pero únicamente se halla surtida durante la novena de Setiembre, pues pasado este tiempo son escasos los comestibles que se encuentran. Poco despues hay una fuente titulada tambien de *Rivas*, tiene una agua muy buena y dicen que viene de muy lejos, pues que habiendo un peregrino perdido en un rio de Andalucía la concha en que bebia se la encontró en aquella fuente yendo á visitar á la Virgen; pero cuando el hundimiento de la cueva se perdió el origen de sus aguas y en el dia solo existe una balsa ó charco grande que es el manantial. Desde este punto empieza la subida para la cueva, la que termina un cuarto de hora antes de llegar á ella en cuyo sitio hay clavada una gran cruz de madera como término de la colina y primera vista de la ermita, pues luego empieza á descenderse de nuevo al hondo en que está situada, lo que unido á lo pobre de su edificio contribuye á presentar un cuadro bastante triste, pero que no obstante por su estrañeza en toda época del año y por la concurrencia en la del mes de Setiembre es digna de contemplarse. Un poco antes de llegar hay una piedra grande en la que se vé grabada una herradura y fué segun cuentan que un caballero Español le ofreció á la Virgen en un apuro que confesaría y comulgaría en la Cueva Santa si salía sano y salvo; en efecto verificado el milagro fué á ella, pero no acordándose de su promesa marchó y al llegar adonde existe dicha piedra quedó el caballo clavado hasta

que reconociendo el caballero su falta volvió atrás y cumplió con lo ofrecido.

Antes de llegar á la puerta de la ermita hay una corta subida que termina en un reducido terraplen y á la derecha del edificio tiene un hermoso algibe. Con relacion á la fábrica nada tiene de particular que poder admirar mas que lo grotesco de la construccion pues todo su adorno consiste en unos balcones mal delineados: una puerta algo pequeña con una mala entrada constituyen el pórtico de este edificio, á la derecha está la habitacion del ermitaño y algunos cuartuchos húmedos y mal dispuestos: en frente de la escalera del piso principal y único del edificio se hallan otras piezas algo mejores que las de abajo aunque semejantes en sus adornos, destinadas todas al hospedaje de los penitentes que van á hacer la novena: únicamente se encuentran en ellas los muebles precisos para la poca ó ninguna comodidad de la gente; y á la izquierda la escalera que baja á la cueva en la que se hallan colgados los ex-votos de la Virgen como son mortajas, cabelleras, muletas, cuadros y otras mil cosas; á los pocos escalones se vé la capilla de la comunión, la que si bien no es muy grande en cambio es muy bonita; mas abajo en un rincon hay una piedra blanca y muy fina con un hoyo en el cual dicen se encontró á la Virgen al descubrirla últimamente. Luego se bajan bastantes escalones antes de llegar al fondo de la cueva, notándose la particularidad de que nunca se han podido contar á punto fijo pues el que lo hace al bajar halla diferente número al subir y vice-versa, lo que debe atribuirse á la estraña construccion de la escalera. Finalmente se llega al fondo de la cueva formada toda por una peña y se descubre la capilla de la tan venerada imagen que aparece como embutida allí y está separada de la primera estancia por una enorme reja. El primer golpe de vista de esta capilla es bastante sorprendente no tanto por su magnificencia artística cuanto por la novedad puesto que al contemplar el viajero á su llegada lo raquítico de la fachada de este monumento religioso, y bajar por último á una especie de subterráneo, no puede ni con mucho sospechar que en las entrañas de aquel peñasco exista un tesoro de regalos hechos por los reyes y otros varios personajes que han ido á visitar la Cueva Santa que constituyen el principal adorno de la capilla de la Virgen, que como ya he dicho es de yeso, aunque pretenden algunos sea de otra materia parecida; esta duda quiso solventarla un rey que fué allí y tocando con un dedo la frente de la Virgen le dejó marcado, cuya señal se vé aun en el dia.

Alumbran á la capilla en su fondo dos lucernas ó rejas muy altas, por las que penetran dos rayos que se destacan como bandas luminosas con opaca luz y hacen parecer mas imponente aquel sagrado recinto. A la espalda del altar mayor ó capilla de la Virgen hay una humedad tan grande que siempre está destilando el agua gota á gota, lo que ha dado márgen á decir que habiéndosele concluido una vez el aceite al ermitaño, manaba para alumbrar á la Virgen: dicen que pasa por allí un rio muy caudaloso pero no se sabe cual; sin embargo es muy creible que sea alguna corriente subterrá-

nea puesto que muchas veces con el silencio de la noche se oye un ruido sordo parecido al murmullo que produce un río lejano y además lo prueba el que durante las temporadas de lluvias es mayor la humedad que destila.

El todo de la cueva es bastante lóbrego y contrasta extraordinariamente la negrura de sus paredes con la capilla de la Virgen alumbrada de día y de noche por dos hermosas lámparas y en la que brillan como ya he dicho antes varios adornos preciosos. La bóveda de la Cueva Santa está llena de ángulos salientes muchos formando pico, y se halla afianzada en el último tramo de la escalera por dos gruesos maderos que equivalen á columnas de órden Corintio en una arquitectura que nada debe al hombre. A la izquierda de la escalera bajando está la entrada á la capilla de la Virgen.

A este sitio en fin que tiene poco de ameno puede sin embargo irse con la esperanza de disfrutar ya que no la completa alegría del campo, al menos la compañía de los muchos devotos y bellezas valencianas que concurren en la época del 8 al 17 de Setiembre, y admirar al propio tiempo sino la magnificencia ó grandiosidad de un célebre monumento una de las caprichosas creaciones de la naturaleza que tanto abundan en España y que por estar en puntos poco frecuentados se hallan completamente olvidadas.

VIAJES.

De la miseria del pueblo Irlandés.

Nadie ignora cuan grande es la miseria del pueblo en Irlanda, miseria tan horrible é intensa, que un par de zuecos son mirados por los aldeanos como un objeto de lujo, y en la mayor parte de los condados se encuentran generaciones enteras que jamás han probado el pan. Ya se ha dicho todo cuanto podía decirse sobre el egoismo de los propietarios, la estrecha dependencia en que tienen á sus arrendatarios debida al odioso sistema que han adoptado para el cultivo de sus tierras y la enormidad del cánon ó foro que tienen que pagar al señor directo; además las contribuciones que pesan sobre el trabajo de cada terrateniente, apenas les permiten sacar de su cosecha, despues de satisfechos todos esos gastos, para hacer una comida al día compuesta siempre de patatas cocidas. La materia está pues ya agotada y nada de nuevo sabría el lector, si entrásemos aquí en algunos detalles de estadística cuyo resultado sería probar de una manera incontestable, que no hay otro medio de libertarse de tanta abyección y sufrimiento que el crimen ó la muerte. Sin embargo, como no deja de ser útil poner de cuando en cuando á la vista ese sombrío cuadro, pintado con sus verdaderos colores, para que al menos no se pierda su memoria en los futuros siglos, vamos á describir con la brevedad posible, pero sin omitir nada de esencial, así el interior como el exterior de una cabaña irlandesa.

Una choza ó cabaña, tal como existe, con sus cuatro

muros desnudos y algunos pocos muebles medio destruidos de que únicamente está provista, cuesta al *landlord* propietario de 21 á 30 schellings. Las paredes construidas de pedernal ó bien de fragmentos de tierra endurecida por el sol y unidos entre sí con el musgo que cubre su perficie, se elevan á una altura que apenas llega á seis pies, sin contar la techumbre formada de ramas de árbol desnudas de hojas, y cubiertas de largas fajas de césped: una puerta tan frágil que la hace estremecer el viento sirve de resguardo, y de ventanas aberturas sin marco á derecha é izquierda, en aquella parte del muro donde se juntan las dos vertientes del tejado. El establo presenta un aspecto todavía mas miserable, no hay en él siquiera una mezquina armadura de pértigas cruzadas y guarnecidas de un poco de ramaje ó de césped; las bestias se revuelcan allí en un polvo infecto ó entre el cieno, y el corazón se oprime con indefinible angustia, cuando uno se aproxima y vé antes de llegar una de esas vaquillas irlandesas, cuya falta de carnes demuestra de un modo asaz elocuente la miseria de su dueño, asomar melancólicamente su apacible cabeza por encima del cercado.

Despues de atravesar un hediondo y fétido cenagal, donde yacen amontonadas y revueltas todo género de inmundicias, encontrais ordinariamente á la puerta de la choza una muger sentada en el umbral. Esta es la esposa del arrendatario ocupada en aspirar grandes bocanadas de humo de tabaco, en una asquerosa pipa que llaman londina. Oscurecen su semblante largos mechones de cabellos que flotan sobre su cuello arrugado y amarillento como un pergamino; y taciturna, inmóvil, sentada sobre sus talones, dirige solo de vez en cuando una mirada estúpida y triste á unos gansos y patos que dormitan á sus pies con la cabeza metida entre las álas y sobre un lechón que inmediatamente á ella se revuelca en el fango. Luego que hayais entrado en la choza, y despues que vuestros ojos se hayan acostumbrado á los espesos torbellinos de un humo ácre que se agarra á la garganta, percibireis delante del hogar, en el que se consume lentamente un fuego de turba, una especie de criatura humana, masa inerte, cubierta de andrajos y plagada de miseria, encorvada bajo el peso terrible de la indigencia, del oprobio y del dolor. Aquel hombre es el marido de la muger que habeis encontrado á la puerta. Parece enteramente insensible á tan execrable humo, cuyas densas oleadas se agolpan á salir en confuso torbellino por las esquebrajaduras del techo. En su rededor duermen ó bullen desnudos y rodando por el suelo entre algunos harapos de lienzo podrido, diez ó doce niños que la muerte arrebató antes que lleguen á la edad adulta, porque su estómago debilitado con las privaciones, no puede soportar los alimentos groseros de la familia, cuando les es preciso renunciar al pecho de su madre. Os acercais á hablar á aquel hombre, despierta; la fiebre del hambre que le consume está pintada en sus ojos... Algunas veces se lamentará ante vos de la dureza de su señor que le dá en arrendamiento la décima parte de un arpenete que cultiva, y la cabaña en que habita; otras y serán las mas permanecerá silencioso, espresando solo en sus facciones la apatía y el embrutecimiento, y esa espresion, ese sentimiento que traspasa y hiela el alma, es todavía